



Año IV.

Barcelona 11 Julio de 1890.

Núm. 161

LA Semana Comica

LIT. MIRALLES, UNION IT.

DIRECTOR: J. FERNANDEZ DE LA REGUERA



Periódico literario, ilustrado

Administración: Vertrallans, 3, 1.º

Horas de despacho: de 2 a 4 tarde

Precios de suscripción

Barcelona. 1'50 ptas. trimestre

Provincias. 5 " semestre

Números atrasados: 1 real.



TIPOS ARTÍSTICOS, POR ESCALER.



Marinerita hechicera,
de belleza singular,
capaz de hacer naufragar
a cualquiera.

La Semana

En vez de aquel

rumor de besos y batir de alas

de que hablaba el poeta, oyesse por ahí rumor de masticaciones precipitadas, batir de mandíbulas y ruidillos de deglución.

Famélicos canovistas, que ya estaban á punto de vender su ortodoxia por un plato de lentejas, se han arrojado como hambrientos lobos sobre la sartén que D. Antonio empuña por el mango, y tal prisa se dan en disputarse las tajadas y untar pan en las rebañaduras, que antes de mucho dejarán la sartén limpia como los chorros del oro, si no la desfondan á fuerza de refrotar con los mendrugos.

¡Vaya un lustro el que se han soplado en la oposición!

Y ¡vaya un lustre el que se darán ahora en el poder!

Las compañías de ferro-carriles van á establecer trenes baratos para los pretendientes, que en cuanto lleguen á Madrid venderán á los cesantes el billete de vuelta.

Esa turba multa que marcha á la corte á dejarse ver, á exponer necesidades, á recordar méritos y á enumerar servicios prestados en la oposición, debe de ser la pesadilla de los nuevos consejeros.

Por eso alguno de ellos piensa mudarse á la calle del Sordo, y otros que cuentan relaciones entre el cuerpo diplomático extranjero, quieren irse de huéspedes á casa del representante de Suecia, con el único fin de hacerse los suecos por una temporada.

Los rumores echados á volar por los mismos interesados — *ballons d'essai*, que dicen los franceses — abundan que es una bendición de Dios en los periódicos de estos días:

«Indicase para una Dirección general al consejero diputado de la minoría conservadora, señor Zutano.»

«El candidato que reúne más probabilidades para la subsecretaría de Hacienda es D. Fulano de Tal, antiguo ex-empleado de dicho departamento.»

Y así sucesiva y gramática-pardamente.

Todo ello «por si acaso» como dice el chulo de *El Arca de Noé*.

Uno de estos conservadores *suellos*, disputaba con un ex-ministro del partido:

—Hombre, ¡por Dios!—decía éste—si V. ni siquiera es de la minoría.

—No, señor, que soy de la... Coruña.

—Entonces, ¿cómo quiere V. equipararse...?

—Equipararme, no: equiparme es lo que necesito.

En plena Puerta del Sol de Madrid, se encontraron la otra tarde dos amigos:

—¡Hola! ¿á dónde se vá?

—A ver lo que se pesca; ¡como han subido los mios!

—¿Le han ofrecido á V. algo?

—Una senaduría vitalicia; pero por de pronto quiero una dirección...

—¿A dónde quiere V. ir?

—A Fomento.

—Pues tome V. la calle de Carretas; llega V. á la plaza del Carmen, tuerce V. á la derecha...

—No; digo una Dirección general.

—Pues la más general es esa: la que toman todos!

Otro diálogo:

—¿Conque por fin ha entrado Fabié en el Ministerio?

—Si señor.

—Y ¿á donde ha ido?

—A Ultramar ¿qué le parece á Vd.?

—Que debían haberle enviado más lejos.

Al desgraciado mortal que vá al teatro á butaca, si además de tener menguada estatura le toca sentarse tras una señora muy puesta de sombrero ¡ya le ha caído diversión para toda la noche!

El podrá hacer estudios profundos de la fauna y la flora aplicadas á la sombrerería femenil, admirar de cerca la ornitología de los trópicos y enterarse del estado actual de la sedería, mercería y pasamanería; pero ver lo que pasa en el escenario ¡eso que se lo quite de la cabeza— el sombrero,

se entiende—es la señora de delante ya es otra cosa; y esto es lo que empezamos á conseguir en Barcelona.

En efecto, trátase de lograr que las señoras, apenas se alze el telón, se quiten los sombreros y los tengan en la falda, siquiera semejen con esto floristas en descanso, ó bien parezca que se han venido al teatro trayéndose inadvertidamente la ensaladera.

La iniciativa de esta campaña sombrerófoba es debida, según se dice, á varios actores y actrices que no consiguieron en Barcelona todo el éxito con que soñaban.

Parece que se han dirigido á las barcelonesas y les han dicho señalándolas á los sombreros:

—Ustedes tienen la culpa de que los catalanes no nos puedan ver.

Recuerdo que una vez estaba yo en butacas junto á un caballero muy miope.

—¿Quiere Vd. hacerme el favor—me preguntó muy amable—de decirme que función hacen?

—*El Gran Galeoto* ¿no lo está Vd. viendo?

—Si señor, pero ¡como veo decoración de jardín!

—¡Ah! vamos; fíjese Vd. bien; es que confunde Vd. la *coiffure* de las espectadoras con el *atrezzo* del escenario.

Si la novedad llega á consolidarse, pido que se establezca otra moda para los caballeros.

La costumbre turca de dejar el calzado á la puerta.

Porque el taconeado de los que entran tarde es otra de las cosas que hay que evitar en los espectáculos públicos.

La supresión del taconeado ¿no es también el bello ideal de los autores chirlés?

No dirán, pues, que no miro por sus intereses.

Y eso que la mitad de las obras cómico-líricas que se estilan ahora merecían haberse estrenado allá en la Habana.

En el teatro *Tacón*.

LUIS ROYO VILLANOVA.



¡EN BARCELONA!

¡Dichosos los ojos
que os vuelven á ver!

No es mi tierra; desgraciadamente para mí, no lo es; porque yo no tengo

*ni un solo palmo de tierra
que pueda decir que es mía;*

pero el verla me regocija como si lo fuese, porque en ella he pasado los días más alegres de mi existencia... y ¡ojalá, pueda decir mañana lo mismo!

Esto no parece muy claro; pero yo me entiendo y no digo aquello de «*y bailo solo*», porque yo no bailo solo, ni acompañado—¡bueno estaría que yo bailase!—; pero, vamos, que sin bailar, ni cantar, me entiendo y deseo salir con bien de un empeño dificultoso en que estoy metido.

¡Dichosos mis ojos, que han vuelto á ver los nunca olvidados árboles de la Rambla inolvidable y los hermosos edificios de la *Gran Vía*!; y que han hallado en los escaparates de las librerías un libro, primorosamente encuadernado—con su canto dorado y todo—y en el cual su autor, un periodista distinguido y escritor inteligente y discreto (casi siempre; y ya explicaré la causa de esa limitación) me remite una carta, equivocando la dirección. *La misa del alba* se titula el libro á que me refiero, y *D. Martín Lorenzo Coria*, es su autor. Aun no he leído el libro; pero al autor ya lo conozco. De la obra no puedo hablar todavía; del autor ya no puedo hablar, porque he visto que en la primera línea de su trabajo me llama *maestro* y hay motivos para sospechar, ó que ha pretendido burlarse de mí, ó que anda muy atrasado en su aprendizaje, porque de tal maestro ha podido aprender muy poco. Leeré el libro, diré lo que me parece, y entonces sabré por cual de los dos términos del dilema debo decidirme.

Dejo, pues, por ahora, *La misa del alba*, porque aun no sé de la misa la media, ni aun la cuarta parte, y voy á señalar, como preciosos datos para la historia política de nuestro país, unas coincidencias, que recomiendo á los conservadores.

Viajaba yo por Andalucía en 1874, cuando la insurrección de Sagunto y el triunfo de la Restauración dieron el poder á mi tocayo D. Antonio Cánovas del Castillo. Trance duro es que un hombre ilustre como él sea tocayo de un pelaire como yo; pero no es mía la culpa; así lo dispusieron *los hados* y nuestras respectivas madrinass.

Pues, señor; pasaron años, y allá por el de gracia de 1883, andando yo de viaje por Vizcaya, en

cuya capital dirijí un periódico titulado... verán ustedes: *Euskaldunleguia*, entró mi ya mencionado tocayo D. Antonio Cánovas, por segunda vez, á presidir un ministerio.

Ha llegado el año 1890 y también mi ausencia de Madrid coincide con la entrada del repetido señor D. Antonio Cánovas en los Consejos de la Corona.

La cosa me parece tanto más curiosa, cuanto más cierto es que cuando me encontraba yo en Madrid, las corrientes políticas iban por otros lados y los mismos conservadores, descorazonados y cariacontecidos, pensaban muy de veras en disolverse, rompiendo filas.

No digo—¿cómo voy á decir eso?—que mis viajes influyan en la subida de los conservadores; señalo el hecho como curioso y someto el caso al examen é investigaciones de los sabios.

Ello, al fin y á la postre, todos aseguran que donde menos se piensa salta la liebre. ¿Quién nos asegura que no existe, efectivamente, cierta relación más ó menos *averiguable*, entre mis ausencias de Madrid y las subidas de D. Antonio?

No digo yo que seamos supersticiosos; nada de eso; pero algo hay que conceder á la realidad de los hechos observados; y de la exactitud de esas coincidencias respondo. El que una cosa no se comprenda bien, ó no pueda explicarse, no quiere decir que la cosa no exista. No renuncio, por consiguiente, á creer que mis viajes ejercen favorable influencia en los destinos de los conservadores.

El Sr. D. Manuel del Palacio, á quien sus amigos solíamos llamar antes de que lo hubieran hecho académico, *Manolico Palacio*, escribió en el album de una niña:

Niña, de una amistad que acaso ignoras,
prenda te ofrezco aquí.
Si eres feliz, olvidame; si lloras,
acuérdate de mí.

Yo podía escribir en el album de D. Antonio:

«Ilustre tocayo: sospecho que existe entre nuestros respectivos destinos (muy distintos, por cierto, el uno del otro) una relación misteriosa que no me explico, pero que siento. Si está Vd. en el poder, olvideme; cuando se halle en la oposición, acuértese de mí.»

Pero no se lo digo, no haga el diablo que para romper el encanto, si existiera, se le ocurriese nombrarme *administrador de una ambulante*.

Con lo cual, y con que me silbasen en Barcelona mi pobre comedia, me habia caído que hacer.

A. SANCHEZ PEREZ.

¡MADRID!

En el libro y en la escena
y en la política lid,
no hay ninguna cosa buena
si no viene de Madrid.
A las provincias humilla

Madrid y las apabulla,
y no hay fuera de la villa
talento que meta bulla.
Lo mejorcito del arte
en la villa y corte está

y no va á ninguna parte
lo que no viene de allá.
Cortes el país sustenta
para que Madrid disfrute
(entre esas cortes, se cuenta

LA HISTORIA ETERNA, POR CILLA.



Pues señor, que apareció
el cólera

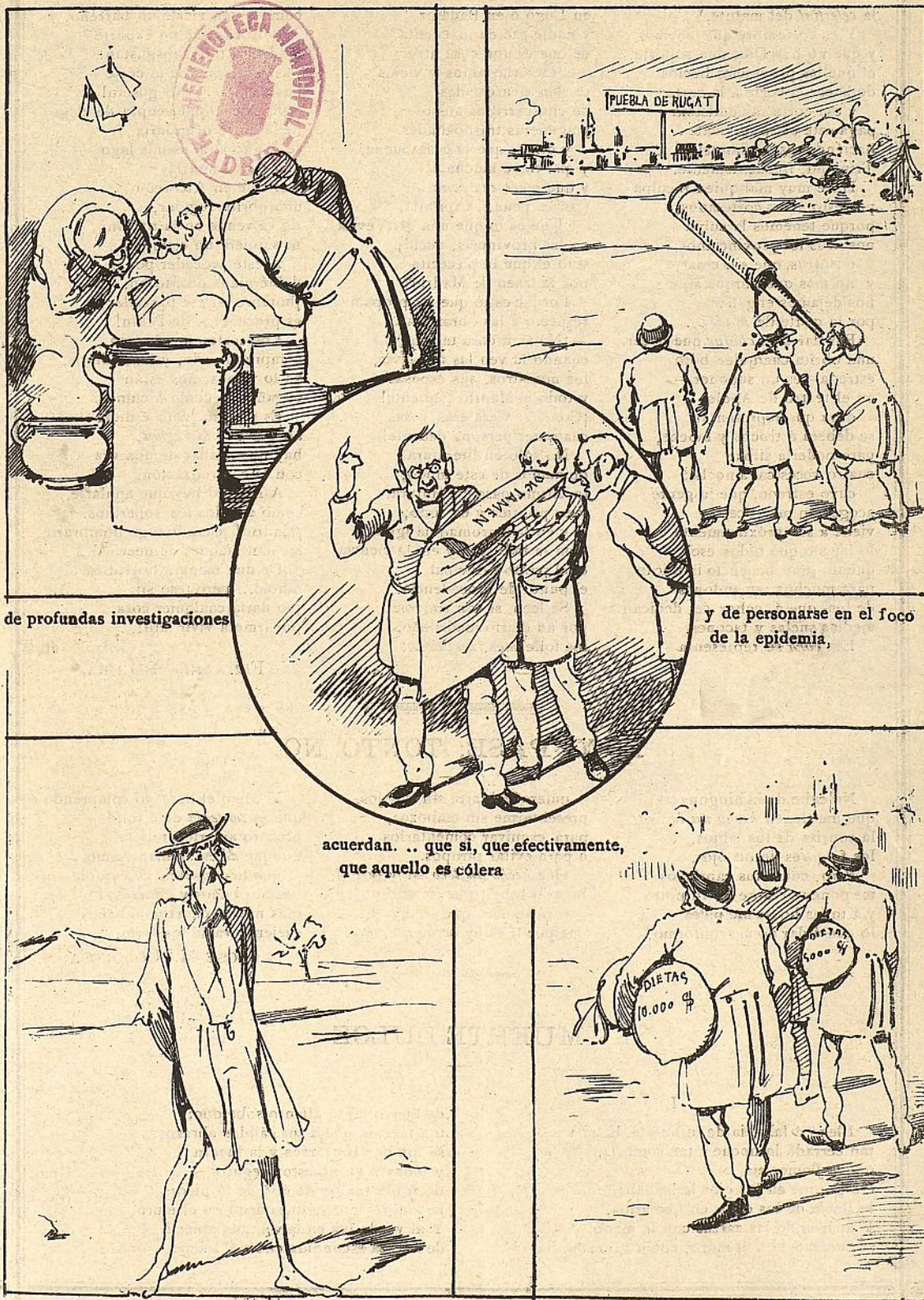
y la noticia produjo efectos
desastrosos en las almas
sensibles.

y el ministro, siempre atento á velar
por nuestras vidas,

acordó nombrar una comisión de sabios;

los cuales, despues de muchas cavilaciones

LA HISTORIA ETERNA, POR GILLA.



y de profundas investigaciones

y de personarse en el foco
de la epidemia,

acuerdan. .. que si, que efectivamente,
que aquello es cólera

con lo cual el contribuyente queda satisfecho

y la comisión tambien.

la *celestial* del matute.)

Y es costumbre que tenemos
y que no hay Dios que soporte,
el que las provincias hemos
de hacer la corte á la corte;
y esa corte sapientísima
paga este cuito ferviente
haciéndonos la Santísima...
Trinidad, frecuentemente.

Hace muy mal quien inculpa
por esto á los cortesanos,
porque tenemos la culpa
nosotros los provincianos;
nosotros, que sin cesar,
y no más que porque sí,
nos dejamos engañar
por la gente de *Madrid*...

Por dar á la *cláque* que hacer,
una obrita cualquier bolo
estrena—es un suponer—
en el teatro de Apolo,

obra que representar
se deberá á troche y moche,
para poderla silbar
cuatro veces cada noche;
cuyo estreno, que la gente
acoge con mil excesos,
viene á ser próximamente
lo mismo que todos esos
que un gran beneficio implican
para muchos remendones
de los que á echar se dedican
medias suelas y tacones.

Esa *obra* se representa

en Lugo ó en Badajoz
y nadie cae en la cuenta
de que es una cosa atroz:
y al verla, niños y viejos
se ríen á carcajadas
de chascarrillos añejos
y agudezas trasnochadas;
y creen que es cosa buena,
y que tiene mucha sal,
y que *merece la pena*...
(¡sí: la pena... capital!)

¿Qué es lo que una grita evita
en las provincias, decid,
sino el que la pieccecita
nos la traen de Madrid?

Porque es lo que se propala
respecto á las obras esas:

—¡No será cosa tan mala
cuando la ven las duquesas,
los ministros, sus esposas
y todo el Madrid pudiente!
¡Como si viera esas cosas
cualquier persona decente!

No sólo en literatura
opinamos de este modo;
lo mismo pasa en pintura,
y en política y en todo;
y en la tauromaquia igual;
y en la industria y en la ciencia
es el punto principal
el punto de procedencia.

Se leen, si son traídos
por un diario madrileño,
los folletines, *vertidos*...

como quien vierte un barreño.

Políticas que no exporte
Madrid á todos disgustan:
¡las *fracciones* de la corte
hasta sin *erre* nos gustan!

Si es cualquier copla de ciego
de la corte originaria,
se le antoja al menos lego
una joya literaria,
y si sale en Alcorcón
una obrita regular,
no se vende en la nación
ni siquiera un ejemplar.

A este proceder poner
debiéramos pronto fin;
¡hombre, si ese proceder
es proceder... de Pekín!

Los cortesanos lo van
comprendiendo, y los indinos,
ya lo vemos, nos están
engañando como á chinos.

Es preciso ¡voto é diez!
abogar por la *región*;
hay que acabar de una vez
con la centralización.

A Madrid hay que anularle,
como á todos los soberbios.
¡Madrid! ¡cuando oigo nombrarle
me dan ataques de nervios!...

De una manera horrorosa
ódiolo... pero ¡eso sí!
¡yo daría cualquier cosa
por irme á vivir... allí!...

FERNANDO SEGURA.

LOCO, PASE; TONTO, NO

No cabe duda ninguna
que me tienen *hecho un loco*
la sonrisa de tus labios,
los fulgores de tus ojos.

Pero, como tus caprichos
me ponen siempre en un potro,
y á todas horas me pides
lo que á dar no me conformo,

quiero hablarte sin tapujos,
presentarme sin embozos,
para esquivar comentarios
ó para evitar piropos.

Que *hecho un loco* estoy por tí,
bien lo sabes, pues te adoro;
mas no quiero que se diga
que por tí estoy *hecho un tonto*.

Y como el dar, yo comprendo
que es *tontería* de á folio,
prefiero amarte sin dar,
aunque *dé* en un manicomio;
que la demencia es curable
usando baños y chorros,
mas ni con chorros ni baños
suelen curarse los *bobos*.

JOSÉ M.^a CODOLOSA.

MUERTE DULCE

I.

Llegó á la tapia de la huerta. Estaba
tan cerrada la noche y tan sombría,
que si Jaime veía
era porque en los ojos le brillaba
la llama de los celos en que ardía.
Y apartando las zarzas con la mano,
se encaramó en el muro, con los brazos

de hierro de su aliento soberano;
tan fuertes, que á sus cálidos abrazos
se fundían las zarzas y la hiedra
y todavía yo no estoy seguro
de si fué sangre de él ó de la piedra
la sangre aquella que quedó en el muro.
Y al ver la luz en la ventana abierta
de la casa escondida entre el follaje,

cuando pisó la huerta
hubiera dado su mirada incierta
envidia á la ira de un león salvaje.
—¡A ver!. ¡Traigo el puñal!... —y sonriendo
llevó á sus labios un puñal diciendo:
—¡Qué feliz voy á ser! ¡Al fin, ingrata,
voy á llenarte el corazón de besos!
Y dió un rugido de amargura, de esos
que sólo el aire del rugido mata.

II.

Conteniendo el aliento
se fué Jaime acercando poco á poco
á un olmo gigantesco, que crecía
tocando casi á la ventana aquella
en que una luz ardía,
triste como una moribunda estrella.
Se abrazó al duro tronco, y agilmente
las ramas altas con destreza asiendo,
fué subiendo, subiendo,
hasta llegar de la ventana enfrente.

Allí estaba... Escondida
la cabeza en la suelta cabellera,
de luz de aurora matinal teñida;
mal envuelta en las sábanas del lecho
de nieve, los redondos brazos fuera
y fuera el blanco y sonrosado pecho,

parecía, dormida y tan hermosa,
la ilusión de un amor dulce soñado
viendo un capullo de color de rosa
sobre el ala de un cisne reclinado.

Jaime tembló; se le subió á la frente
la ola inmensa de un fuego que abrasaba
y hasta le pareció que iluminaba
su mirada de fuego incandescente
el cuerpo aquel que mudo contemplaba
¡Pero qué!... ¡No se había él prometido
por su madre jurándolo aquel día,
que antes de que otro fuera su marido,
aunque era matarse él, la mataría?
¡Sil! ¡Sil!.. Besó el puñal dando un rugido,
hizo luego un esfuerzo soberano
y á la ventana al fin tendió la mano.

III.

Empezaba á rayar el nuevo día.
Jaime se descolgó de la ventana,
al tiempo que la aurora aparecía
envuelta en nubes de topacio y grana.
Y una voz debil de mujer decía
desde arriba muy quedo al poco rato,
con un acento lleno de alegría:
«¿Cuándo me vuelves á matar, ingrato?»

MARCIAL DE LOS RIOS.

¡SI ME LEVANTO!

A mi querido pariente el
capitan de caballería, Cortés y
Dominguez.

Parecía cosa del demonio. Ya se sabía; fatiga en
puerta, imaginaria á la vuelta. Que había que andar
trotando por esos campos de Dios, de maniobras,
poniéndose perdido el uniforme y embarrizándose
el caballo hasta los corvejones para luego pasarse
las horas muertas liado con el cepillo y la bruza;
pues de remate le tocaba de cuartel y tenía que pa-
sarse la noche en una zanca como las cigüeñas.
Pero lo que es á él no le fastidiaba nadie, que por
algo llevaba dos reenganches en el servicio, para
urdirse al propio niño de la bola. Por supuesto,
que bastaba verle para comprender que Lopez, el
rubio del tercer escuadrón, era un truhan de sobre
la marca, más corrido que un primer premio del
Hipódromo; sus ojos, sus orejas, el mohincillo ma-
licioso de su boca, sus mostachos recios, su rostro,
su persona toda, respiraban socarronería y agudeza,
é instintivamente se pensaba, contemplando su
provocativa figura, en las niñeras que llevaría ata-
das á su carro triunfal, seducidas por sus bigotes.

Aquella noche, pues, molidos los huesos del ejer-
cicio del día anterior, díjose para su chaquetilla de
faena: «Lo que es este cura no se la pasa en claro.»
Hízose visible á primera hora, mangoneó y pululó
mucho, para que el primero y el oficial de guardia
le vieran, y en cuanto sonó el toque de silencio y
el cuartel se hundió en una quietud absoluta, se

escurrió bonitamente á la pajera de su escuadrón,
dejó entornada la puerta para oír cualquier rumor,
por leve que fuera, y se tendió á la larga sobre unos
haces, desperezándose con delicia y decidido á
echar un buen sueño, que no tardó en atrapar con
esa facilidad del soldado, falto siempre de des-
canso.

Al principio todo fué bien; la cuadra permanecía
sumida en la calma más completa; todos los caba-
llos reposaban; ninguno se movía. Pero muy luego
se armó gresca en un pesebre; un animal relinchó
con impetu, pataleando, y Lopez, despertando ense-
guida por el hábito impuesto por la costumbre mi-
litar, abrió un ojo, y sin dignarse incorporarse si-
quiera, gritó con fuerza:

—Caballo... ¡Si me levanto!...

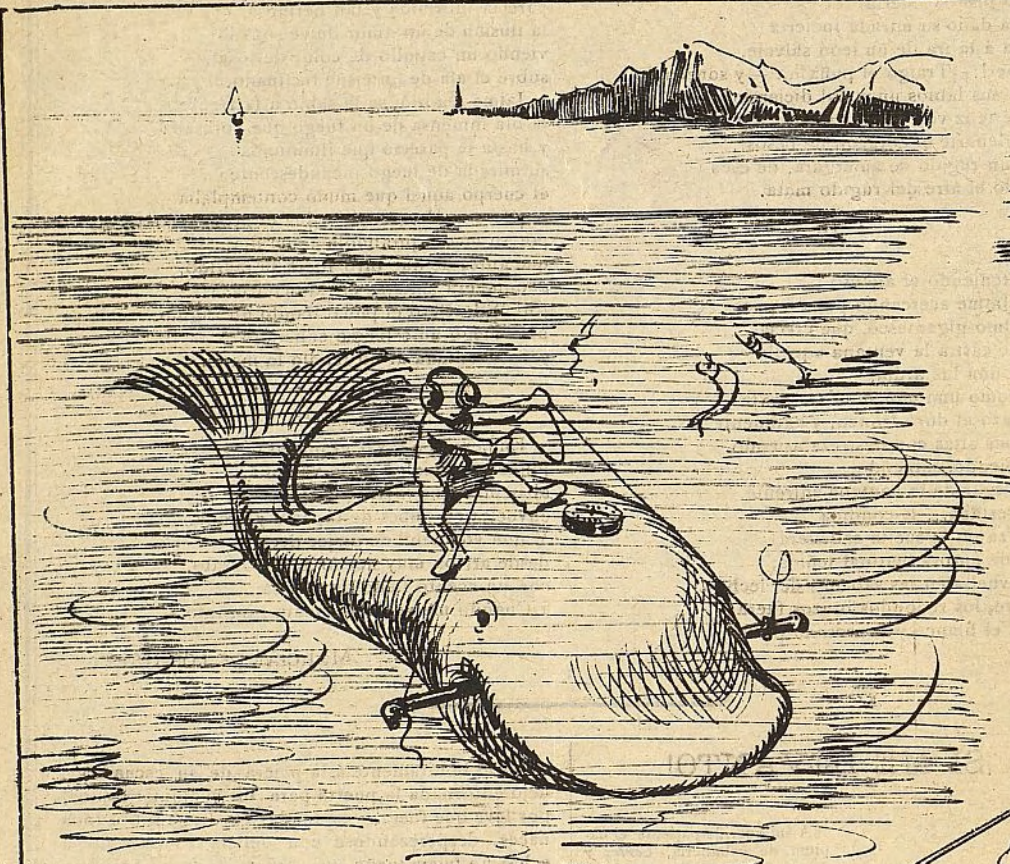
Y luego añadió por lo bajo, con invencible mo-
dorra:

—¡Que no me levantaré!..

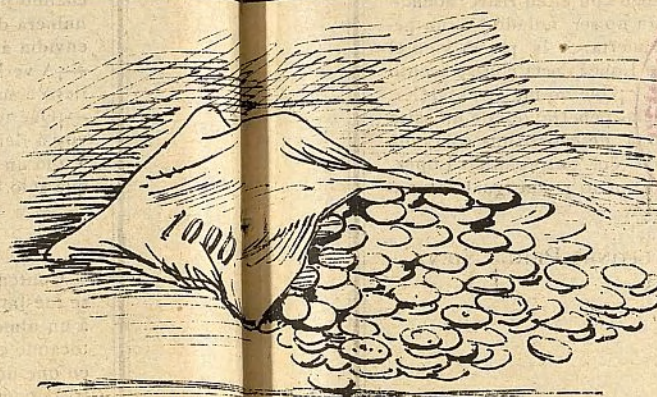
Así continuaron las cosas, otro rato restablecida
la calma; la noche no se presentaba mal para Lo-
pez; el ganado parecía de piedra; no interrumpía el
silencio de la cuadra ni el murmullo de cualquier
cambio de postura. Pero al poco tiempo, algún ani-
ma, intentó levantarse, cocó en la tabla divisoria,
se asustaron tres ó cuatro más y se armó bastante
estrépito, arrancando nuevamente al dichoso solda-
do de sus incomparables dulzuras. No por esto se
alarmó, sin embargo, Lopez; tornó á abrir un ojo,
se ladeó para acomodarse mejor y volvió á vacear
desde la pajera:

—Caballo... ¡Si me levanto!..

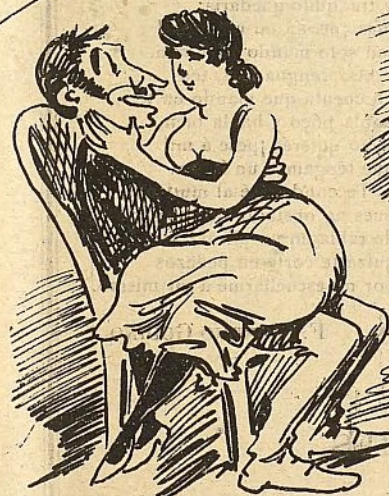
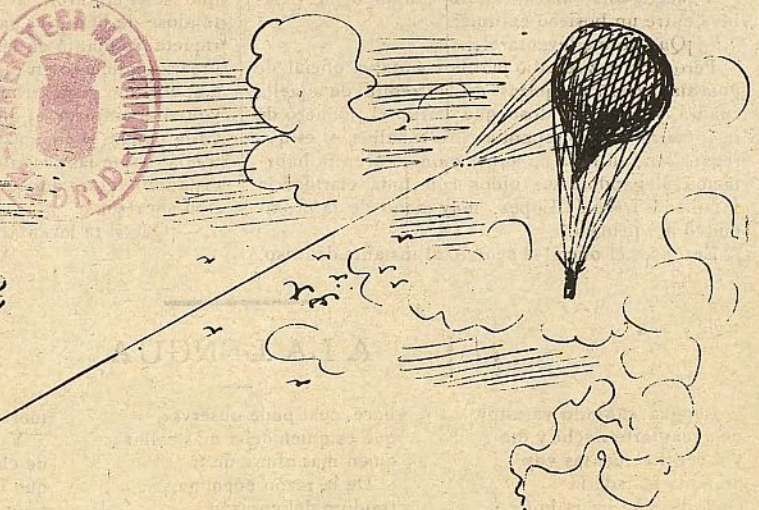
LOS MISTERIOS DE LA CIENCIA, POR M. GONZALEZ.



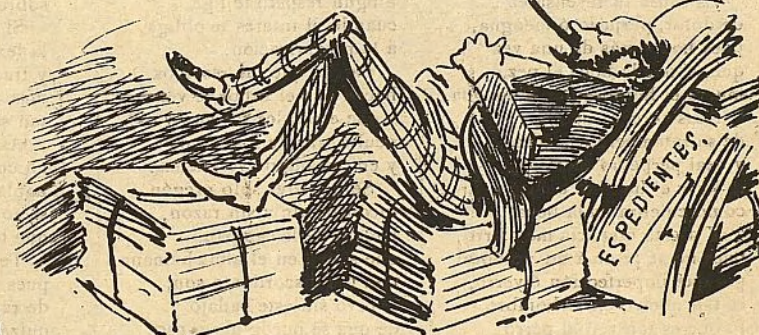
La navegación submarina



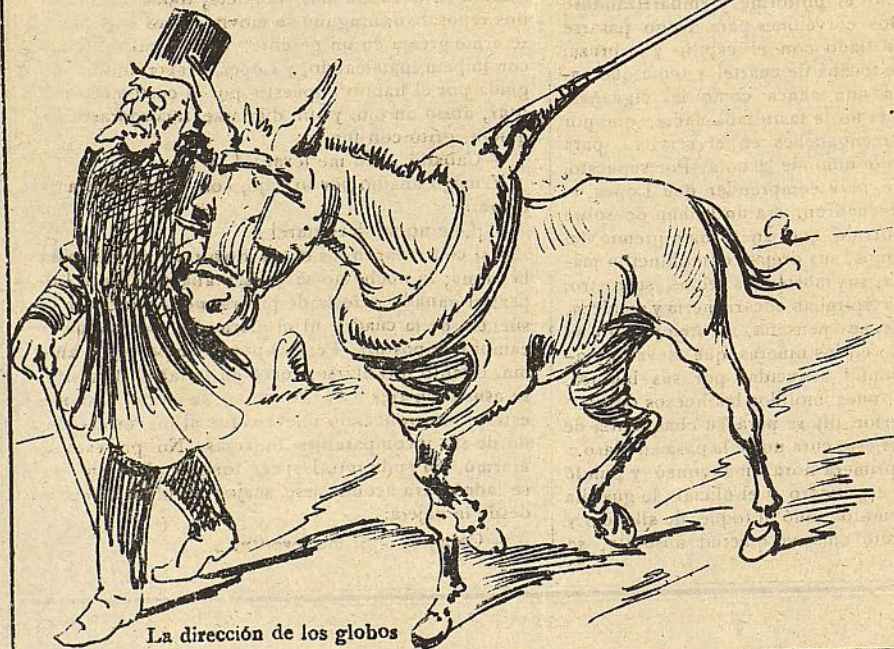
La palana de Arquímedes



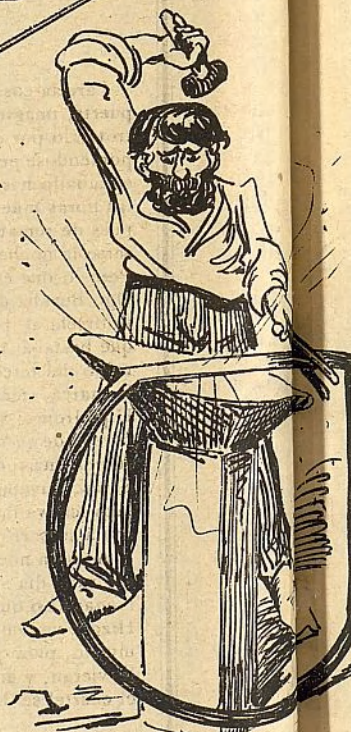
La atracción universal



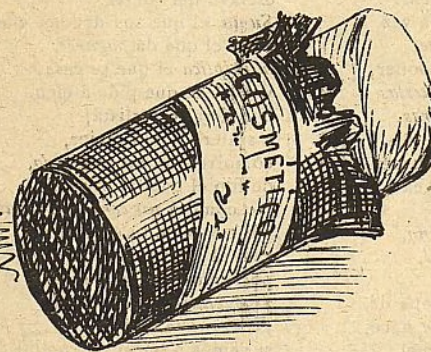
El reposo absoluto



La dirección de los globos



La cuadratura del círculo



La materia cósmica



La transformación de la materia

Y luego, como antes, acabó cantando sus palabras entre un bostezo enorme:

— ¡Que no me levantaré!...

Pero esta vez le salió mal la cuenta; el oficial de guardia, extrañado quizás del estrépito de aquella cuadra, y preguntándose qué haría el número de imaginaria que no separaba los caballos si es que regañaban, entraba en aquel momento en la habitación, llegando á sus oídos con toda claridad la soñolienta frase de Lopez, muy ajeno de la proximidad del peligro.

Entonces el oficial se penetró al instante del caso,

quitóse el cinturón, avanzó con él en ristre, adelantándose de puntillas para no ser notado; en un periquete se plantó en la puerta de la pajera y en el preciso momento en que Lopez decia con su acento amodorrado y socarrón: — ¡Que no me levantaré!... volteó el cinturón el oficial penetrando de un salto en la pajera, y comenzó á descargar una soberana tunda sobre las costillas del sorprendido Lopez, gritándole entre zurrio y zurrio y con igual entonación socarrona:

— ¡Que sí te levantarás!...

ALFONSO PEREZ NIEVA

A LA LENGUA

Lengua, cansado ya estoy de aguantarle noche y día y á pedirte cuentas voy de tanta majadería cual dije y oí hasta hoy.

Es causa tu insensatez de dolor, perjurio ó mengua, pues haces más de una vez que, si por la boca el pez, muera el hombre por la lengua.

Acaso como castigo de su intemperancia loca y cual perpetuo enemigo, te lleva el hombre consigo como culebra en la boca.

Y á esta creencia me aferro, pues no sé ¡voto á mi nombre! por qué imperfección ó yerro, es tan nocivo en el hombre lo que es tan útil al perro; ni qué razón singular ó capricho baladí

hace, cual pude observar, que es quien debe más callar quien más abusa de tí.

De la razón enemiga, traidora del corazón, ningún respeto te liga cuando el interés te obliga á la prevaricación.

Parece que tus resabios hacen que el rubor te venza y que escondes tus agravios, oculta tras de los labios y encarnada de vergüenza.

Sé que eres sólo pregón inconsciente y sin razón, badajo de la campana que suena en el alma humana con tan discordante son; pero sin este badajo de que se puede hacer uso fácilmente y á destajo, costando hablar más trabajo,

fuera menes el abuso.

Y no habría tanto exceso de charla gárrula y hueca; que la maldita sin hueso á un pedante en sabio trueca, sobre todo en el Congreso.

Si pudiese, cortaría la lengua á la humanidad, y tranquilo quedaría; mas ¡pese á mi voluntad! tan solo mando en la mía.

Así, lengua mía, ten en cuenta que mando en tí: habla poco y habla bien, si no quieres ¡pese á mí! que tengamos un belén.

Te condenaré al mutismo; pues no obstante nuestros lazos, de rabia en un paroxismo, quizá te corte en pedazos por no escucharme á mí mismo.

F. MORENO GODINO.

MATEMATICAS SUBLIMES

Ecuación del alma mía y problema de mi sér, permite que un matemático te cante en *a menos b*.

Cálculo integral del alma, diámetro de mi querer, *unidad* de mi cariño que por mil multipliqué; *sustrando* de mi vida, pues mi amor tan fuerte es, que estoy hecho un *minuendo* y sólo tengo la piel, *paralelepípedo* mio, *pentágono* del Edén, *arista* de mi existencia y *elipse* en que me enredé; si tu *incógnita* despejo

y triunfo de tu desdén, *la cuadratura del círculo* resuelto habré de una vez. Seré tu solo *exponente*, que no me quiero exponer, y ni *simples* ni *compuestas* quiero las reglas de tres. Con el *compás* del cariño un *ángulo* hemos de hacer, y loco de amor, la línea *perpendicular* seré; y con el *seno*, el *coseno*, con el *arco* y el *nivel*, haremos una figura que envidia á la Europa dé. El hombre desde que nace, llámese Pedro ó Miguel,

vive *aritméticamente* esclavo del *interés*. *Suma*, el que sus deudas cuenta; *resta* el que da pagarés; *multiplica* el que se casa, y *parte* el que pide á cien. Y federal ó carlista, y soltero ó con mujer, como resulte un *quebrado*, de fijo el quebrado es él. No como á un *cero* á la *izquierda* me trates en tu esquivéz, y dí al verme: «Llevo uno por siempre jamás amen». *Hipotenusa* querida, yo tu *cateto* seré, si vamos á hacer corriendo

una *adición* ante el juez.

Y yo, que de puro simple
soy más dulce que la miel,

no te *ajustaré las cuentas*,
aunque tú no me las des;
y seremos dos *factores*

que se quieran mucho y bien,
y los *números* que vengan
nuestro *producto* han de ser.

RAFAEL GARCIA SANTISTEBAN

CARTAS INTIMAS. (1)

IV.

¡Cuántas veces, llegado á tu presencia,
luché con la impaciencia
que sirve de aguijón á los agravios;
y al querer confesarte mis enojos,
si el llanto fué á los ojos,
las quejas no salieron de los labios!

—
¡Cuántas, viéndome herir por tu desvío,
con instantáneo brío
me apercibi para el combate rudo;
y al hacerme cautivo tus desdenes
te dí el alma en rehenes
y volví á contemplarte absorto y mudo!

—
¡Cuántas, por fin, al declinar la tarde,
sintiéndome cobarde
para una confesión de mis rencores,

á la luz del crepúsculo, angustiado,
sentábame á tu lado,
feliz, aun mereciendo tus rigores!...

—
Mas ya todo pasó... De aquellos días
de infaustas alegrías
quedan sólo el recuerdo de lo amargo,
el germen de la tisis que me mata,
la imagen de una ingrata
y un corazón sumido en el letargo...

—
Y es, al ver tu glacial indiferencia,
tan triste mi existencia,
que, en mi pobre organismo de suicida,
llevo, por un sarcasmo de la suerte,
la vida de la muerte...
¡y en el alma la muerte de la vida!

CARLOS MIRANDA.

ELEGIA

Echados á la hora de la siesta sobre las pizarras de la plaza del pueblo, y metidos en la mancha de sombra que proyectan en el suelo los árboles, están con los libros de la escuela entre las manos, hasta seis alegres muchachos, que más tienen el oído puesto en la nota incansable de la cigarra que arriba entona la romanza del estío, que fijos sus ojos en las respectivas lecciones; como que ninguno de ellos se distingue por su amor á los libros ni á la escuela, y si, en cambio, sabe el menos diestro soplar á la perfección una rana con un delgado canuto de avena, y con igual maestría derriba el fruto de un árbol á pedradas, como sube al más corpulento álamo por un nido.

El silencio en todo el pueblo es absoluto y el sol tiende bandas de fuego en las calles, que, todas en la misma dirección, muestran la sombra que las tejas arrojan al suelo á guisa de punteada orla de encaje.

Por el aire cruza alguna semilla aérea de esas de redonda forma de erizo rodeadas de hilos salientes, y piérdese de vista ó aparece de nuevo según que se interna en la sombra ó sale á la luz, dando en este caso vueltas de burbuja y nadando en el fuego del rayo de sol.

—Dieguete—dice de pronto Ginés, incorporando medio cuerpo del suelo, donde estuvo con las manos cruzadas bajo el cerebro, oyendo el rumor de pájaros nuevos: ¡vaya que no te atrevas á que hagamos una cosa?

—¿Cuál?—contestaron todos á la vez, incorporando también los bustos como movidos por un resorte.

Anunciar á un malicioso chiquillo una revelación, es ponerlo en tan viva curiosidad como prometer decir un secreto á una mujer.

—¿Cuál, di?—insistió el interpelado, á quien, además de incorporarse, el interés le hizo volverse por completo hacia Ginés.

—Que vayamos á pasar el puente de los Once Ojos.

—¡Uh!...—rezó el llamado Dieguito, indicando con el tono lo lejos que debía de estar el sitio.

—¿No te atreves?

—Yo no.

—Pues yo sí—saltó de pronto un tercero, que se plantó en pie de un solo brinco.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo,—fueron diciendo y alzándose á la vez los demás rapaces, hasta no quedar sentado más que el que había formulado su negativa.

(1) De un libro inédito que lleva el mismo título.

EL PRIMER RETOÑO, (I) POR «MECACHIS.



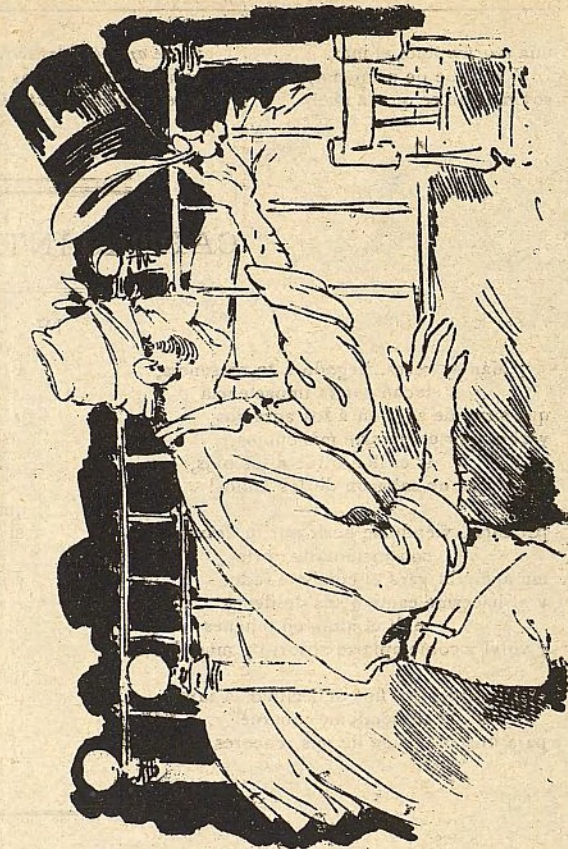
El hecho fué que, como no hay plazo que no se cumpla, llegaron, como era de esperar, los críticos momentos.



Y aquí de mi héroe, que no sabía qué partido tomar,



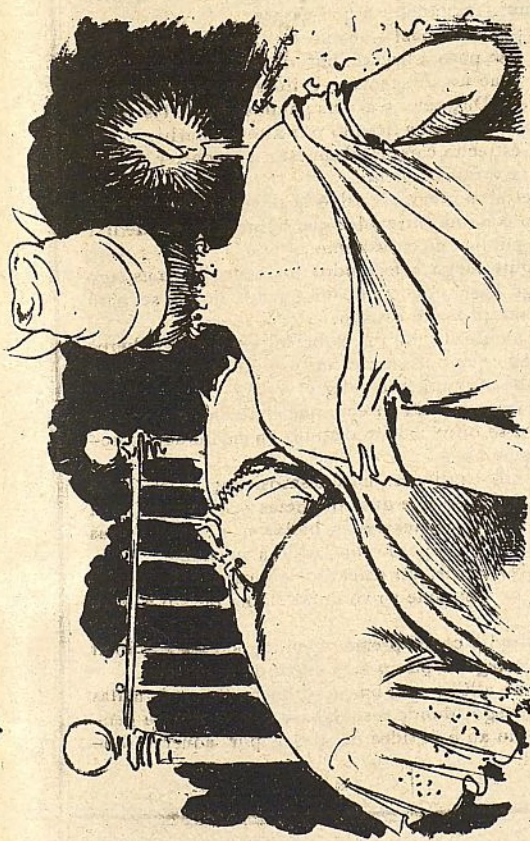
así es que tan pronto acudía al lado de su mujercita, para tranquilizarla y hacerla comprender que aquello no era nada,



como se encaqueaba el sombrero para salir en busca de un Esculapio contemporáneo.

como se encasquetaba el sombrero para salir en busca de un Esculapio contemporáneo.

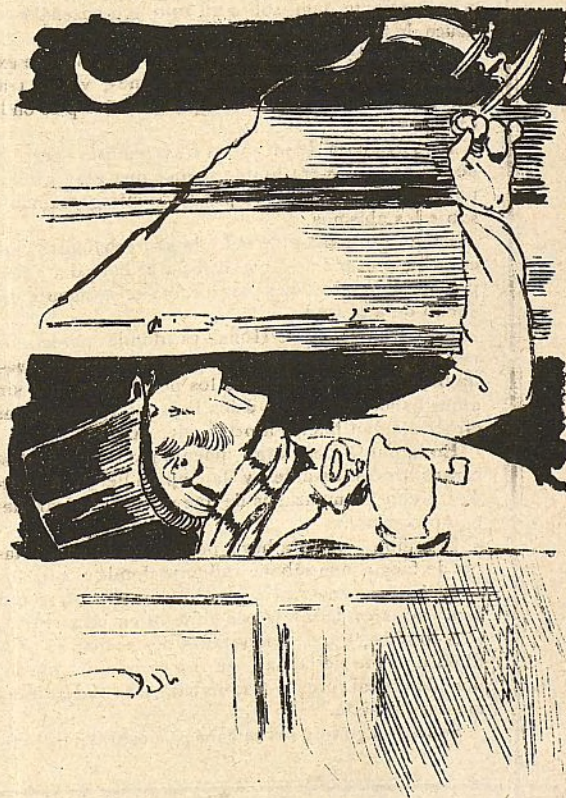
asi es que tan pronto acudia al lado de su mujercita, para tranquilizarla y hacerla comprender que aquello no era nada,



Al ruido producido por este ir y venir, acudió la doncella, la cual se quedó al lado de la paciente, mientras el esposo se calaba el chapeo, requería la palmaria...



y bajaba de dos en dos los peldaños de la escalera.



Llegó al portal, introdujo la llave en la cerradura, giró la puerta sobre sus goznes... y todo aturrido salió á la calle, con palmaria y todo,



dirigiéndose á paso de carga en busca del sereno.

(Se continuará.)

(1) Segunda parte de *El día de la boda*, historieta publicada por el mismo autor en el

—Dieguete no quiere venir, porque no es capaz de pasar el puente—añadió uno, tratando de herir el amor propio del muchacho.

¡Buena cosa habían ido á decirle! Aunque el calor tenía como amodorrado, él moviase de continuo como una burbuja, saltaba, corría, trepaba con agilidad suprema á los árboles, escalaba las tapias de los huertos, y era, en fin, el general en jefe de la patrulla.

Poseía, además, clara y despierta inteligencia, y nadie como él organizaba los juegos de contrabando y las raterías que llevaba á la práctica aquel ejército invasor.

Bien es verdad que aparte de esto, el muchacho tenía un corazón excelente, y no hubo jamás criatura alguna que más culto rindiera al excesivo cariño de su madre; pero la travesura podía más que él, y en diciendo á fraguar una ratería, era lo que se llama un muchacho al agua.

No fué menester más para que Dieguete sacudiera su pereza como sacude un pájaro la lluvia y se dispusiera, al igual de sus compañeros, á ir al peligroso puente, atravesando antes los diez del acueducto árabe que le antecedian, ninguno de ellos de exposición.

Colorados los carrillos como cerezas y con la alegría del ave que se emancipa de la jaula, acordaron la consabida «rabona», y salieron de la población por el lado del cementerio, pasando antes el molino de agua, donde se detuvieron para ver las crines de espuma que formaba, alzando bronco ruido, la represa; tomaron la vereda que hacia pintoresco zig-zag entre las huertas, y dieron en el primer puente, que sobre un solo ojo enseñaba su cauce de argamasas.

A modo de rosario de hormigas, enfiláronse extendiendo los brazos como balancines, y uno tras otro, sin la menor dificultad, pusieron los pies en la otra punta.

Parecían cosa de juego los diez puentes; pero el de los once ojos era lo que se dice una gran altura, un girón de catedral suspendido milagrosamente sobre los abismos.

El musgo habíale forrado de un resbaladizo terciopelo, y la planicie que ofrecía al lado del agua, por donde tendría que pasarse, era escasamente del ancho de una mano.

Ante esta cresta de Himalaya, donde parecía tener el vértigo su residencia, llegó la alegre caravana bajo un sol que derretía los pedernales, no sin antes haber perseguido á los lagartos y robado las ciruelas de un huerto á orillas del camino.

En la punta del largo puente paráronse á descansar breves instantes y la emprendieron á mordiscos con las manzanas de que también habían hecho provisiones.

El campo á aquella hora parecía un inmenso tapiz de fuego, una sábana radiante donde al caer los ojos como en un vivo esmalte dorado, sentíase así como millares de puntas de alfileres en las retinas...

A lo lejos, las altas montañas destacaban su perfil en un cielo de llamas, en un fondo de horno, por donde al cruzar irradiaban las zumbadoras moscas de plata.

Sobre el agua de los remansos, deslizábanse co-

mo ágiles patinadores microscópicos seres que viven en las fuentes, y el ingrátido y loco «violero» lanzaba, parecida á un cerdeo, su nota, y agitaba los dos rápidos pares de sus alas.

Los mosquitos giraban en raudos torbellinos sobre las puntas de los árboles, componiendo polvoredas de luz é imitando á las burbujas en la brillante copa de «champagne».

Las orillas de los arroyos mostraban sus cenefas blanquecinas, y en el bosque, bajo el palio sonante de las hojas donde algún mirlo dejaba caer en los aires su nota de cristal, creíase descubrir alguna escena amorosa, algún cuadro luminoso y bello, la pintura del idilio griego coronada de pámpanos y flores.

Comprometido el nombre de Dieguete, apenas repusieron las fuerzas, púsose él de pié antes que todos y largando al aire de dos pongos los zapatos, avanzó hasta el arranque mismo del puente, donde se paró y midió con la vista el enorme fondo del precipicio.

Sea que el intrépido muchacho no estuviera dispuesto aquel día para lucir sus habilidades, sea que por primera vez en su vida experimentase algo así como miedo, es lo cierto que después de tirar de la mirada hacia arriba como se tira de la larga cuerda de un pozo, vaciló un solo momento y se sintió algo desvanecido.

Romeando con los colores de la vergüenza su rostro, miró al grupo de chiquillos y dió á recelar su desconfianza.

—¡Eh, no puede!—dijeron en tono de rechifla algunos, incitándole á que pasara.

—¡No es capaz!—añadió en el mismo tono Gines, y se puso á hacerle bufonadas.

—¿Que no soy capaz?—gritó en un arranque de nobleza Dieguete; y arremagándose hasta las rodillas los perniles y tirando por alto el sombrero, pisó el estrecho camino dispuesto á recorrer las cincuenta varas de puente.

Del primer empuje salvó la tercera parte del viaducto con una intrepidez que hubiera hecho delirar á un público de entusiasmo.

Siguió luego «aferrando» los dedos al musilago y llegó hasta el comedio del puente, donde se paró á tomar un breve respiro.

El auditorio miraba sobrecoigido á aquel héroe pequeño que por salvar su orgullo empeñado, se lanzaba al inminente peligro.

El rumor de un insecto que hubiera atravesado el aire se oía claro y distinto en medio del absoluto silencio.

El niño sintió aun más desasosiego; hasta hubo un instante en que unas inquietas «chirivitas», una serie de negras musarañas, bailaron delante de sus ojos é hicieron perder un latido á su pecho.

Había que ir, sin embargo, á alcanzar la imaginaria bandera que su voluntad había puesto al otro lado.

Se irguió con suprema valentía, echó decidido el paso y llegó al punto más difícil de la marcha.

Hacia allí la obra un largo bache lleno de matas y de musgo, donde resbalaba y caía el mismo pensamiento ante la idea de pasar por aquella dificultad.

El niño no vaciló á la vista del obstáculo; al contrario, lo arrojó con una entereza que hizo palidecer á sus camaradas.

—Anda, Dieguillo—decíanle por lo bajo los rapaces, infundiéndole ánimos al valiente, ya arrepentidos de haberle incitado á que pasara.

El muchacho sintió en el momento anublársele los ojos y desmayar lentamente sus demás sentidos; percibió un temblor nervioso que corrió por todo su cuerpo iniciándole un sudor frío; quiso pedir auxilio, llamar; tendió la mirada al arroyo del fondo con los ojos acristalados por las lágrimas, y se apagó de golpe su cerebro.

El terror de las escenas trágicas envolvió de pronto á los espectadores, que desde abajo oyeron exhalar al niño un angustiado golpe de llanto.

Procuró todavía cogerse, por instinto, á algo invisible del aire, exhaló otro gemido más triste que el primero, y dejando caer el cuerpo en el espacio, volteó á semejanza de pesa de gimnasio, y chocó contra las rocas del fondo donde estalló en espantosa serie de pedazos.

**

El arroyo detuvo un momento su marcha ante el obstáculo; tiñó con roja tinta de sangre sus aguas, y saltando por encima del cuerpo muerto, se alejó sollozando su elegía por la orla verde y rumorosa de las cañas.

SALVADOR RUEDA.



Unico encargado de la venta de LA SEMANA COMICA en Barcelona: D. Juan Tasso, kiosco de la Rambla de las Flores, frente á la calle del Hospital.

*

Anteayer tuvimos el gusto de estrechar la mano de nuestro buen amigo y excelente colaborador D. Antonio Sanchez Perez.

El veterano escritor ha venido á Barcelona para asistir al estreno de su comedia *El primer choque*, que representará esta noche en el Novedades la compañía del Sr. Mario.

Sanchez Perez, á más de un escritor castizo y correcto, es un autor modestísimo. El podrá temer lo que quiera acerca del éxito de su obra. Nosotros, que conocemos al público de Barcelona, no dudamos de que sabrá hacer justicia á las bellezas de la comedia y al talento innegable y probadísimo de su autor.

Hoy le damos la bienvenida.

Ojalá que en el número próximo podamos darle la enhorabuena.

El Sr. Pujal, violoncellista pensionado en París por nuestro Ayuntamiento, dió el lunes un concierto en el Teatro Lírico.

En él (en el concierto) dejó evidenciado que es un artista de nota y una fundadísima esperanza para el arte.

Reciba el estudioso compatriota nuestra enhorabuena.

*

Parece, según las últimas noticias de los periódicos, que desde la captura de Eyraud ha cambiado bastante de aspecto el celebre proceso.

Según dicen, al principio, creyó el juez que Gabriela era una hipnótica, y se olvidó de pedir antecedentes acerca de esa mujer y de su vida.

(Eso á cualquiera se le olvida; es lo más natural.)

Pero, ahora se ha acordado de que entonces se le olvidó; los ha pedido, y creo que no sale de su estupefacción al ver que son detestables, y que en vez de ser Gabriela inocente y buena (aunque hipnótica) como el creía, es una perdida y una viciosa.

¡Nos estupefactamos con él!

¡Esto es atroz!

¡Por que ha de resultar que casi todas las mujeres acusadas de grandes crímenes, han de ser unas perdidas y unas viciosas? (En Francia ¿eh?)

¡No tenemos aquí nosotros á la *pobrecita*! *Higinia*?

Por supuesto, más vale que resulte eso, porque si no...

¡Mas bueno que era Borrás!...

Y por poco lo ahorcan.

*

Y ahora que hablamos de crímenes.

En Mitroviera (Hungria) ha comenzado hace poco la vista de un proceso ruidosísimo en el que se acusa á 10 mujeres, aduciendo pruebas concluyentes, de haber envenenado á sus respectivos maridos, con un papel de matar moscas, que contenía arsénico.

¡Ahí sí que puede lucirse el abogado defensor de esas pobres chicas!

Por lo pronto, alegar la propensión de todas ellas á ser sugestionadas.

Y, enseguida, echarle la culpa al fabricante del papel insecticida, que en rigor es el que tiene la culpa de todo.

Porque una vez hecho... ¡lo que ellas dirían!

—¿No es para las moscas?

Pues ¿porque no se lo hemos de dar nosotras á estos moscones?

*

Estamos de enhorabuena.

¿Qué si sé que tenemos á los conservadores en el poder?

Pues ya lo creo: como que lo digo precisamente por eso.

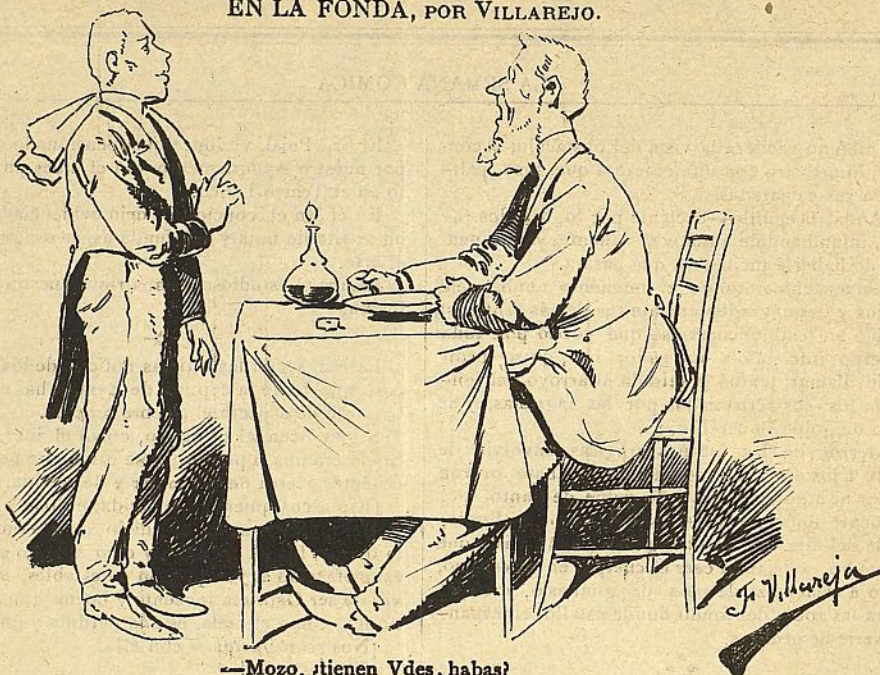
Es decir: precisamente por eso no, pero ¡vamos!..

Como las listas de los pueblos invadidos por el cólera, iban siendo ya un poquito largas, yo ¡la verdad! tenía mucho miedo.

Pero dicen que no puede haber en un sitio dos epidemias á la vez.

¡Y estando ya los canovistas!..

EN LA FONDA, POR VILLAREJO.



—Mozo, ¿tienen Vdes. habas?
 —No, señorito.
 —¿Qué raro!
 —Por qué, señorito?
 —Porque como dicen que en todas partes cuecen habas...

ANUNCIOS

ALBERTO DUFRESNE

CIRUJANO-DENTISTA

4, RAMBLA DE CANALETAS, 4

595, TELEFONO, 595

CÁMARAS FOTOGRÁFICAS
 y placas preparadas de todas marcas

Unico depositario en España de las tan celebradas Lumière. Hay, además, Monckhoven, Beernaert, Derwent y otras. Calibres, cubetas, objetivos, obturadores, papeles nitrados, Marión, Alpha, Morgán, Huunet.

Almacén de drogas de Antonio Busquets y Duran
 S. Pablo, 19 y 21.—Barcelona

RECOMENDAMOS

A NUESTROS LECTORES LA ACREDITADA Y FORMAL

AGENCIA ALMODOBAR

Embajadores, 10

MADRID

que se ocupa en la gestión de todos los asuntos jurídicos, administrativos y comerciales que se le encarguen.

EL CID

GRAN SASTRERIA

ECONOMIA. BUEN CORTE. NOVEDAD EN LAS TELAS.

AVINÓ, 7
 BARCELONA

LA COMPAÑIA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS

MEDALLA DE ORO, por sus chocolates

MEDALLA DE ORO, por sus cafés.

MEDALLA DE ORO, por sus Tapioca.

Depósito general: Mayor, 18 y 20

Sucursal: Montera, 8.—Madrid

CORRESPONSAL

EXCLUSIVAMENTE ENCARGADO DE LA VENTA Y EXPEDICIÓN
 DE

La Semana Cómica

EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo.

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.

Colaboran en él los mejores literatos y los mas celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera.	"	2'50 "

REDACCION Y ADMINISTRACION

Vertrallans, 3, 1.º—Barcelona

DESPACHO: TODOS LOS DIAS LABORABLES

DE 2 A 4 TARDE